

Inquietudes en la clínica psicoanalítica actual

Marcelo N. Viñar*

Para introducir

Aunque sea en todo tiempo imposible concebir una clínica psicoanalítica sin inquietudes, porque es inherente o intrínseco a la reflexión freudiana fundarse en aquello que desasosiega, que desajusta, la clínica de los tiempos actuales merece el barómetro de tormenta o de tempestad. Es un tema que apunta a la interfase entre Psiquismo (la mente) y Sociedad y la articulación es siempre difícil, opinable, problemática.

Mi conferencia será el testimonio de un marinero de esta tempestad, marinero sometido a órdenes contradictorias. Marinero y no capitán, lo que me autoriza a cierto desorden porque me siento mandado por órdenes contradictorias de la época en que habito, donde los viejos códigos ya están obsoletos y los nuevos aún no son claros y confiables.

El desafío es pues, reconocer y semiotizar las maneras en que los hondos y vertiginosos cambios de esta mutación civilizatoria de nuestra época afectan nuestro quehacer, nuestra clínica. Abrir preguntas pertinentes, antes de precipitarse hacia respuestas prematuras.

No me parece adecuado, entonces, hablar aisladamente de

* Miembro Titular de APU. Joaquín Núñez 2946, Montevideo C.P. 11300
E-mail: maren@chasque.apc.org

una crisis del psicoanálisis – porque faltan pacientes o candidatos en nuestros institutos de formación. De lo que se trata es de pensar cómo esta crisis de la civilización afecta nuestro oficio, nuestro quehacer, y pensar cómo el tesoro del legado freudiano puede adecuarse a las coyunturas y desafíos del nuevo milenio. De cómo acercamos a entender subjetividades que en ciertos momentos podemos comprender cómodamente con las lógicas habituales y con las pericias, destrezas y estereotipos que -como cualquier artesano- hemos desarrollado en el curso de nuestra práctica clínica, pero que en el tema siguiente, el paciente nos deja atónitos y perplejos porque expresa una sensibilidad que nos es ajena y extraña, que recorre códigos y reglas que nos son inhabituales en lo que concierne a su temporalidad psíquica, al relato que lo expresa, a las nociones de norma o de trasgresión. En suma, habla un idioma que trasunta una sensibilidad diferente a la que nos es propia.

Entonces cuando caemos en el desconcierto ¿qué hacer? Para no perder la brújula y para preservar la ortodoxia (o mantenernos en los límites de la alteración de la que somos capaces), uno puede domesticar la alteridad del otro que consulta y someterlo a las reglas de juego que conocemos: alta frecuencia, libre asociación, atención flotante. Mis estadísticas son pobres y poco probatorias de cuándo este proceder es eficaz y cuándo conduce al fracaso del intento de instalar un espacio terapéutico, de construir un espacio psicoanalítico por incompatibilidad entre los miembros del par.

En consecuencia, pienso que es más eficaz – o por lo menos es más divertido y congruente con una deontología y una tradición freudiana – dejar los atavismos, los protocolos y reflejos del personaje académico al que estábamos habituados, e intentar adoptar la postura del etnólogo cuando trata de impregnarse de las lógicas de otra cultura, de otra sensibilidad, que le es extraña. Como le fue extraño a Freud el lenguaje de la histérica (y descubrir el psicoanálisis fue traducir esa extrañeza a un lenguaje aprehensible por el sujeto mismo). Como cuando vamos a un país extranjero, lo primero es aprender la lengua, los códigos, las costumbres de los aborígenes (y así me siento muchas veces en el

mundo de los jóvenes), y el encuentro - si hay empeño - puede ser muy divertido, para ambos.

Un eje o vector a pensar.

El tiempo vivencial acelerado: La distancia entre generaciones.

En ese país extraño de la postmodernidad los problemas más graves no son lexicales sino de ritmo. Un viejo psicoanalista, lector de largas novelas del siglo XIX, se adapta mal a la cultura de lo efímero y de la instantaneidad. La secuencia narrativa no es lineal, argumental y progrediente, sino que es convulsiva, epiléptica, llena de presentes perpetuos. El tiempo psíquico de nuestra juventud (de la modernidad) no es equiparable al tiempo vivencial de la actualidad.

El tiempo vivenciado siempre tiene un anclaje en el presente, aquello que William James llamaba el “río de la conciencia”, pero detrás de esa superficie de lo instantáneo, hay un más allá del espejo, con personajes tan reales y fantásticos como los de “Alicia en el país de las maravillas”. Más allá de esa superficie de lo actual, hay en nuestra mente un más allá del espejo, del instante, un espesor que contiene los recuerdos y los anhelos.

En el tiempo mental, el presente y la conciencia son el articulador de un tiempo psíquico, nutrido de pasado, presente y futuro, donde habitan y juegan nuestras realidades materiales y ficcionales. Más hondo que el río de la conciencia es la articulación de memorias, anhelos y proyectos, donde todos – como Pulgarcito- dejamos atrás señales del camino que hemos realizado, en la esperanza de usar esas marcas en el futuro, en el diseño de itinerarios que nos orienten por el laberinto del destino y el deseo.

Hay en la aceleración de los tiempos actuales, de la fragmentación, de las rupturas y continuidades, de futuros que son más inciertos o amenazantes que promisorios, que asedian al sujeto ciudadano de la modernidad tardía.

Labilidad de los vínculos, de los trayectos y proyectos. A mi

padre le regalaron una medalla y una lapicera por haber trabajado en la misma empresa durante décadas. Hoy el tiempo promedio de permanencia en un trabajo – dice Ulrich Beck- bajó primero a diez años, luego a cinco, ahora a dos años y medio.

Mayor libertad para diseñar los itinerarios biográficos pero también, simultáneamente, en los cuadros gerenciales, los retiros por enfermedad y aumento de las tasas de suicidio que están desfinanciando a las aseguradoras. Es decir, a mayores riesgos y desafíos, algunos pocos se templan y otros muchos se quiebran. En ese acontecer epiléptico, el psicoanálisis se brinda como un refugio de “estabilidad y hospitalidad”. Tomo estos términos de Marcio Giovannetti, y de remanso, donde el sujeto se puede reapropiar de su vida psíquica.

Un amigo con el que estudié en la Universidad, de origen católico, partero de oficio, refractario al psicoanálisis y por contraste conmigo muy afín a respetar la tradición y las buenas costumbres, por lo tanto muy distante de las mañas habituales de las tribus psicoanalíticas, abordaba la cuestión que quiero plantear con impresionante sencillez. Marcaba con gestos cómo la distancia y los intervalos intergeneracionales han crecido a lo largo del siglo XX. “Entre mis abuelos y mis padres” –decía- “la distancia cultural era así”, y lo marcaba entre el pulgar y el índice, “entre nuestros padres y nosotros”, era así y ponía a 20 o 30 centímetros las palmas de sus manos, “pero con nuestros hijos y nietos, la distancia es así”, y abría sus brazos como para volar o marcar un espacio inabarcable.

Es necesario pensar cómo el intervalo (o abismo) cultural entre una década y la siguiente influye y marca los estilos de comunicación entre las generaciones.

Dicen los biógrafos que Emmanuel Kant, escribió su obra trascendente sin salir de su pueblo natal Koenisberg, jamás en su vida. En todo caso hasta bien entrado el siglo XX, los vínculos y contactos humanos eran estables y regidos por las distancias que se logran caminando o cabalgando. La vecindad marcaba vínculos fuertes y estables y el almacenero sabía nuestro nombre de pila y nosotros el suyo, y sobre todo cualquiera sabía algo de las virtudes

y pecados de sus próximos – de sus prójimos -, fueran éstos reales o ficticiales, en todo caso siempre marcados por fuertes afectos que pendulaban a lo diabólico, con más fácil propensión que a lo beatífico, lo que llamamos las habladurías de pueblos y aldeas, que son hoy los temas de los folletines de televisión.

La expansión urbana dio lugar a un crecimiento descabellado de la urbe, en concomitancia con que los transportes crecían en velocidad y complejidad y el espacio convivencial se hizo ajeno y anómico.

Aquellas relaciones monótonamente estables en el tiempo, fueron primero gradualmente y luego vertiginosamente dando lugar a vínculos más fugaces, más efímeros, más fraccionados y dispersos en el tiempo y el espacio. La personalización, teñida o cargada de afectos, de odios y/o amores, fue virando a la ajenez, a la anomia.

Como documentos de vanguardia, *Metrópolis* de Fritz Lang, y más tarde *Tiempos Modernos* de Chaplin, monumentalizaban en el cine, la marca de esta transformación epocal y en 1936, en “*El Narrador*” Walter Benjamín sentencia “la desaparición de la comunidad de oyentes”. Desde entonces - en lo que concierne a los estilos de subjetividad y de convivencia-, las transformaciones (algunos dirían los males) no han dejado de crecer y se expanden en bola de nieve, en el sentido de la aceleración de los cambios.

**Otro eje, vector a pensar es:
La des-organización familiar. Relación entre generaciones,
Religión, Autoridad, Tradición.**

¿Será coextensivo decir emancipación de la mujer y derrumbe del orden patriarcal? Que uno marca el progreso y el otro la decadencia. O “*La familia en desorden*” como titula su libro Elizabeth Roudinesco¹ y el libro de Daniel Gil² sobre el

¹ Roudinesco, Elizabeth. *La familia en desorden*. Ed. Fayard, París, 2002.

² Gil, Daniel / Núñez, Sandino. ¿Por qué me has abandonado? El psicoanálisis y el fin

descaecimiento de la figura patriarcal es crucial e ineludible en este tema. Analizar por separado los factores – (roles parentales, filiación, autoridad) - que interactúan es muy riesgoso y puede llevar por falsas rutas. Tratarlos en conjunto es muy complicado y extenso y puede superficializar (trivializar) el manejo de los problemas. Las causalidades multifactoriales y probabilísticas complejizan el determinismo y nos acercan –con cautela- a los aprendices de brujo, pero es en esta complejidad multifactorial que estamos inmersos.

En todo caso el cambio del lugar femenino en la organización familiar es un hecho nuevo, inédito en la historia de la humanidad. La noción de identificación paterna y materna tal como fueron trabajados hace un siglo, merecen ser repensadas. Tanto como los de filiación y genealogía. Parto de la base de que son necesarias tres generaciones para modelar la humanidad del ser humano. Más que gritar el Apocalipsis y dar respuestas prematuras en el talante de que lo que desconozco es siempre peor que lo que conozco: (esto es, el Edipo, como complejo nuclear de la Neurosis). El mundo mediático le pregunta a los psicoanalistas qué consecuencias tendrá en la mente de los pequeños su gestación o crianza por parejas isosexuales, ¿lo sabemos acaso?, ¿tenemos bases para la presunción? Tal vez. O será preferible volver al tiempo en que la elección de objetos sexual del propio género era aberración o delito. Entre freudiano ortodoxo o revisionista de la teoría, prefiero el lugar más modesto de la incertidumbre y el asombro. Uno puede apropiarse de los hallazgos freudianos o identificarse con su pasión de explorador incansable de la mente. Es tiempo de buscar las buenas preguntas y recordar con Blanchot que “la respuesta es la desgracia de la interrogación”

Los paradigmas complejos que admiten la multifactorialidad, caminan en una dirección distinta a la de los paradigmas de la modernidad – que, sujetos al postulado del determinismo universal – aislaban un objeto y un método para estudiarlo, trazando con rigor el perímetro de su campo disciplinario. Cuántas veces oímos

a los popes de nuestra iglesia sentenciar con certeza lapidaria: Esto es psicoanálisis, esto no lo es. Hoy día, en el bochinche de un mundo que entendemos poco y mal, donde la multifactorialidad en la determinación de los fenómenos salta a la vista; la asepsia de los enfoques es un asunto menor, es mejor navegar en aguas turbias que no navegar, y tenemos que reconocer la causalidad fantasmática (que me sigue pareciendo un punto nuclear de la especificidad de nuestro oficio o de nuestro enfoque), tratando de buscarla recortándola del fárrago de determinantes que se producen en un relato.

Lo que digo es simple – al menos simple de decir, no tanto de hacer- es establecer al menos en los tiempos iniciales del trabajo terapéutico un espacio conversacional, de ajuste de lenguas entre los miembros del par terapéutico – un trabajo de seducción – si se quiere – que eventualmente en su decurso, permitirá ladrillo por ladrillo y escalón por escalón, habilitar la construcción de un espacio psicoanalítico. Un dispositivo que hoy se establece con más lentitud y dificultad que antaño, porque las personas están habituadas a la perentoriedad y visibilidad de los resultados. Un setting de medida, logrado puntada a puntada, y no un setting de confección y prêt à porter.

Nuestra generación fue educada en el mandato o la trasgresión de la virginidad hasta el matrimonio, en la fobia a la desfloración y en el temor al embarazo, hoy la tecnología y las costumbres plantean la ecuación de la iniciación sexual en términos muy diferentes. ¿Qué tenemos para aportar los psicoanalistas a esta moral, que no es la victoriana?

Hoy día, bajo la bandera de la libertad sexual, la consigna es que More is better y la presión grupal insta a los jóvenes a una iniciación sexual más precoz, más temprana, donde ocurre de todo, menos la poesía, o ésta es escasa e infrecuente, y a veces es sólo una conquista laboriosa del tratamiento. La promiscuidad puede ser tan deletérea para el erotismo, como los hipócritas mandatos morales de otrora.

Sobre un fondo de rivalidad edípica explícita o no, el acceso a la conquista sexual y a la genitalidad se daba como épicas hazañas

contra la censura parental y del stablishment. Deliciosas aventuras. Hoy el mundo adulto, en nombre de una demagogia vanguardista, se sustrae a la confrontación y para no ser reaccionarios y retrógrados, suelen escabullirse de la confrontación y dejar a los adolescentes sin interlocutor o adversario, o en el mejor de los casos en diálogo con el médico ginecólogo, que resuelvan la tecnología de disociar disfrute sexual y embarazo. Pero la razón instrumental no es el asunto de fondo. El tema del amor y de la convivencia sigue siendo un problema, en esta cultura como en cualquier otra. A pesar de la apariencia contraria, los enigmas del amor y la sexualidad siguen vigentes. Nunca hubo tanto exhibicionismo de la desnudez y del erotismo y tantas campañas públicas de educación sexual, pero tengo la percepción que a nivel de la intimidad encarnada, los jóvenes están solos ante un mundo adulto de padres y docentes tan atareados, que nunca tienen tiempo ni disposición para encarar estas cosas y la más de las veces huyen o desisten de hacerlo. Y es a esto a lo que pueden identificarse, a la fuga o la huída de construir un espacio de intimidad.

Porque no sólo se trata de que las reglas sean diferentes, sino de algo más radical: que las reglas son difusas o fragmentarias, que hay una crisis de normatividad. Antes podíamos decir que las normas y disciplinas eran legítimas y adherir y plegarnos a ellas o que eran idiotas y trasgredirlas. Hoy la noción de orden es mucho más equivoca o multívoca, es mucho más difuso o sospechoso el referente que los legítimos, y es mucho más difícil asumir a qué santo se es devoto. En todo caso se proclama el sujeto autónomo y reflexivo, que decide por sí mismo. Si el Gran Otro que sujeta al sujeto es más difuso o menos nítido, el sujeto en gestación tiene doble trabajo. No sólo el de definir sus elecciones y parir su singularidad, sino además concebir un orden simbólico que lo convalide. Tarea titánica. O yo he entendido mal que la caída de los grandes discursos de legitimación, - laicos o religiosos -, dejan una vacante a una tarea psíquica que de todos modos hay que cumplir para tener (para acercarnos al menos a tener) algo que podamos llamar una existencia psíquica propia. Donde antes teníamos el andamiaje de creencias colectivas, un andamiaje moral

y costumbrista de origen religioso o estatal, de las que hoy carecemos. La religión y el estado tuvieron en la modernidad occidental la capacidad de crear – para bien y para mal – un marco simbólico que daba al sujeto las pautas de sumisión o rebeldía al orden de la tradición y la autoridad cumpliendo la etimología de que sujeto es sujetado a. En la modernidad líquida (Bauman), esa legitimidad se ha licuado en favor de una primacía de lo subjetivo (Barrán), de la asunción del derecho a ser lo que se es. Con la pretendida autarquía de una “reflexivización” (Zizek), en la que cada quien puede elegir sus propios reglamentos libremente, no necesariamente en conformidad con “la naturaleza” o “la tradición”, y sin un orden simbólico claro que fleche nuestro comportamiento social. Estamos en la cultura de la ruptura de códigos, dice Zizek.

Pueden argumentar que exagero un contraste en blanco y negro, que entre antes y ahora las cosas son más matizadas y yo acuerdo que es un recurso expositivo de exagerar los contrastes para dar relieve a las diferencias. Tal vez sea más correcto decir que el tema de los cambios epocales (en la cultura) y la tensión o conflicto intergeneracional que le es inherente, no puede ser tratado en singular y linealmente, sino que hay múltiples pasados y múltiples presentes a conjugar en matices infinitos. Pero para mantener la coherencia expositiva hay que darle congruencia a esa diversidad.

Hace tiempo que oriento mis lecturas, que me entretengo o trabajo en leer autores que se ocupan de la historia contemporánea y les dedico tanto o más empeño que a visitar las metapsicologías del post-freudismo. He escrito un par de artículos que expresan esta inquietud³.

³ Viñar, Marcelo N. El psicoanálisis frente a la mutación civilizatoria; Cambio epocal y descubrimiento freudiano; Ritmos narrativos en el mundo de hoy; Un comentario a *Transpotting, el film de Danny Boyle*.

Malestar en la Cultura hoy.-

¿Cómo escribiría Freud el “Malestar en la Cultura” o “Porvenir de una ilusión” en el mundo actual”? La tesis central, si mi recuerdo no falla, es que el dilema era entre la satisfacción pulsional y la exigencia civilizatoria, como arista crucial en la generación de malestar.

Yo voy a recorrer otros andariveles que toman su anclaje en el texto de Walter Benjamín: “El Narrador” de 1936, donde habla de “la disolución de la comunidad de oyentes”, como mal inaugural de la subjetividad en la modernidad tardía. Los comentarios a este texto, que es objeto de referencia y de reverencia de muchos pensadores actuales, merecerían un trabajo más minucioso.

La trama de Benjamín es densa y rica de sugerencias y resumirla la empobrece (mala suerte). Entre el diálogo consigo mismo que propone el freudismo y el espacio de socialidad ordinaria -que es objeto de la sociología y la macro historia-, Benjamín focaliza y jerarquiza la zona intermedia del grupo de pertenencia - las almas colectivas, diría Freud -, donde los relatos de las vivencias y experiencias que se comparten e intercambian, son un fuerte factor de humanización, de antídoto a la soledad en la multitud, de extravío en la ciudad anómica. René Kaës ha tematizado este campo con la noción de conjuntos transubjetivos.

Piensa Benjamín - yo adhiero – que la pulverización de ese espacio tiene efectos deletéreos en la organización subjetiva, resultante de esa anomia.

La dilución del orden simbólico y el abarrotamiento y velocidad del acontecer, son hechos de la vida moderna que fomentan la sideración de este espacio trans-subjetivo, medio camino entre lo íntimo y lo público, donde se dirimen novelas y melodramas, dañando la inscripción de experiencias en el après coup: la formulación más o menos explícita de ese texto extenso e

inacabado, inacabable, que es la novela del neurótico.

No termino de asombrarme del tiempo y la importancia que toman el televisor y la computadora en la vida contemporánea. En los que vivimos la transición desde el mundo precomputacional al actual, y los que ya nacieron en la era informática. El monto de datos a procesar crece en forma exponencial, aseguran los expertos. ¿Qué efectos tendrá esto en la mente? La plétora informacional nos vuelve ávidos y bulímicos. “Ud. está al instante en todas partes”, dirán los presentadores de los noticieros televisivos mundiales, con una sonrisa vendedora de los espantos de Irak, Rwanda, Israel o Palestina. Yo, por anticuado o por deformación profesional, escucho ese “Ud. está al instante en todas partes” como la propia definición bioniana de la psicosis. En todo caso sin ser reaccionario y disfrutar del progreso, también advierto que es más fácil acopiar que entender, que hay suficientes evidencias de psicología experimental que muestran que el exceso de datos perturba la comprensión, más que facilitarla.

A veces parece más fluida la comunicación en el ciberespacio, donde florecen el chat y los juegos competitivos, que conocer las penurias y conflictos del hermano en el cuarto de al lado. Tuve una paciente – madre de dos púberes y con una situación conyugal difícil – que usaba los viajes frecuentes de su marido para largas veladas de chat erótico, donde lograba su plenitud orgásmica y la perplejidad de su analista.

Inquietudes en la clínica psicoanalítica actual.

Hemos tomado como vectores de reflexión para pensar la crisis del sujeto del tercer milenio, la interiorización de un tiempo acelerado y la exacerbación del Sujeto autónomo, donde el Gran Otro referencial es difuso. Su malestar consiste en una declinación de su gesto introspectivo, allí donde el trabajo de inscripción psíquica y resignificación son más operantes. Los ingredientes

que nutren la novela personal están empobrecidos. Hay una paradoja entre la plétora de los acontecimientos y la pobreza de las experiencias e inscripciones significativas. Siguiendo a Marilú Pelento, que ha reflexionado sobre el piercing y el tatuaje, algo de lo que falta de una inscripción simbólica durable, tiende a inscribirse como marca duradera sobre la piel. Inscripción material que subroga con lógica fetichista, la inscripción simbólica faltante.

Falta de espesor psíquico, superficialización de ese fuero interior donde reverberan los enigmas de la existencia, que resultan nadificados. Esta hipótesis es congruente con el aumento de la consulta por a) pasajes al acto (sociopatías, intentos de suicidio, drogadicciones, crisis clásticas, conductas impulsivas de riesgo, juegos sadomasoquistas o b) pasajes al cuerpo (trastornos de la alimentación, etc); cuando lo habitual y frecuente hace unas décadas era que la angustia pusiera en marcha la consulta.

Mentalidad Colectiva - Organización Subjetiva.-

Se puede tomar la sentencia de Max Weber “Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres”, como contrapunto a la afirmación freudiana sobre la centralidad del Complejo de Edipo: diríamos que uno es sociólogo y se ocupa de lo público, el otro es psicoanalista y focaliza lo íntimo.

Hasta la Europa entre las dos guerras mundiales, ambos espacios (público y privado) connotaban fronteras bastante claras y nítidas. Desde entonces al presente – en una progresión que se acelera – hay una permeación recíproca de ambos espacios – público y privado – de donde urge que los psicoanalistas ahondemos el diálogo con sociólogos, politólogos y otros pensadores del tiempo presente.

A lo largo del siglo que concluyó, los cambios en la sensibilidad y mentalidad colectiva han sido profundos. Sobre los cimientos de una expansión científico-tecnológica en progresión geométrica y sobre la ilusión hegeliana de una historia en progreso

continuo, la mentalidad sesentista – la de mi generación – habitaba un tiempo interior de largo aliento, largoplacista, con ideales y utopías. Hoy se habita en un presente perentorio, con un futuro falto de promesas y lleno de amenazas: el anhelado progreso llevando al

1º agotamiento de materias primas esenciales como el agua y los combustibles fósiles,

2º el retorno al odio explícito entre religiones y culturas y

3º en lo íntimo el miedo a la exclusión y a la anomia (No ser nadie).

Del porvenir radiante al porvenir amenazante, (como sentimiento colectivo y difuso), en la actualidad. ¿No marca esto al psiquismo?

Con tasas de mortalidad infantil en descenso y aumento de la expectativa de vida al nacer, el tiempo de moratoria adolescente se ha extendido con la prolongación de la capacitación en el tercer nivel y la proliferación de postgrados. El inicio de la vida adulta – definido por el trabajo estable y el anhelo de procreación – se fue haciendo más tardío. David mató a Goliat a los 15 y se murió a los 40. Nuestras abuelas parían entre los 15 y los 18, hoy 10 o 15 años después. Con estos ingredientes se construía una memoria de empeños y sacrificios en nombre de un futuro de promesas. Hoy habitamos la cultura de lo efímero. Allí donde hubo antes ideales y utopías, hoy hay estímulos y cambios incesantes, es decir, hay la levedad y fragmentación (o multitud) de los referentes tradicionales, familia, trabajo, sexualidad, ocio, norma, trasgresiones. Estos parámetros, dice N. Lechner, están obsoletos y los nuevos códigos son inseguros. Con el derrumbe del “nosotros normativo” – laico o religioso – el sujeto singular ya no puede acudir a ese “nosotros” – normativo y axiológico – que lo acoja y lo modele. Una operación que es alienante pero protectora. Es tanto más fácil que “me piensen” a tener que pensarme por mí mismo. (No se tome esa exclamación como postulado, sino como fuente de asombro) y necesidad de interrogación.

El tipo de afectividad y de intimidad que promueven y posibilitan los vínculos cambiantes, son menos durables y

contrastan con los de antaño, en el amor y en el odio. ¿A qué tipo de psiquismo y de lazo social dan lugar estos cambios societarios? ¿Cómo se interioriza en la mente este tiempo social y político, plebiscito de acontecimientos y de informaciones, que apenas podemos atender tangencialmente y son difícilmente digeribles?

La interrogante abre un abanico de senderos a recorrer y no pretendo agotarlos, sino proponer algunas pocas líneas de reflexión, que cada quien podrá modificar y complejizar. Para mí, el más importante y crucial es el de la desigualdad social. El orden neoliberal y el capitalismo globalizado han traído una repugnante concentración de la riqueza y una diseminación de la pobreza. Las prédicas de justicia social que saturaban el espacio público de las social-democracias de mediados del siglo pasado, han sufrido derrotas y retrocesos que apenas esbozan tímidas luces de recuperación y esperanza en los últimos años. En los sectores más desvalidos un desenlace posible parece ir hacia la delincuencia – (aunque la percepción de inseguridad ciudadana y sus conductas reactivas, desbordan en mucho el aumento real de los delitos). Otro desenlace posible es el discurso salvacionista de las religiones sincréticas y algunas tribus urbanas. Esto significa la derrota de la Razón y de la Ilustración y raíz de los fundamentalismos que hoy germinan en el planeta. Este capítulo me parece muy importante pero no me siento competente para tratarlo por mí mismo. Ojalá los psicoanalistas, los psicólogos sociales y los sociólogos, en lugar de rivalidades pseudo teóricas, que en verdad son guerritas de mercado y de prestigio, pudieran encarar esta problemática en convergencia transdisciplinaria. Fuera de este ámbito, en la clínica psicoanalítica ordinaria tenemos poco para decir de los marginados.

La inscripción psíquica en el mundo actual.-

Como dijimos antes, bajo la superficie del río de la conciencia, hay un espesor, una profundidad, donde habitan memorias (que

son las construcciones del pasado) y anhelos (que son las promesas del futuro)

Podemos llamar presente al tiempo del instante de la conciencia que a) desliza en un transcurrir sin huellas, o podemos llamar presente a una b) sincronía articuladora de las diacronías, que contiene de modo latente o explícito al pasado y al futuro, es decir a las articulaciones de la memoria y el proyecto. Estas dos expresiones de la temporalidad interior son radicalmente diferentes, una se ocupa de lo fugaz, de lo efímero y descartable, la otra imagina y marca rumbos y sentidos.

Ojalá se me escuche con una intencionalidad semiológica y no con un propósito moralizante de nostalgia sesentista. Porque sin duda tengo una preocupación por este presente sobrecalentado, omnipresente, que volatiliza el pasado y el futuro. Manuel Castells llama a este estado: timeless time. Pierre Norah, sobrecalentamiento de la actualidad, E. Hobsbawn dice que el desinterés en la tradición y la herencia, conlleva despreocupación por el futuro y el proyecto.

Resumen:

El tiempo vivencial interiorizado (que es materia prima de la asociación libre del relato en la sesión), es un tríptico, donde las construcciones del pasado y la memoria, animan los anhelos y proyectos de futuro. En la experiencia de duración de la vivencia interior, debería haber un equilibrio en la alternancia para la repetición y la innovación. El anhelo, una vez superada la urgencia socioeconómica de sobrevivir y cubrir las necesidades básicas, se abre a la perspectiva de desear todo aquello que nunca vamos a colmar, pero que siempre estará allí, en el horizonte, llamándonos.

En contraste, la cultura del consumo, de lo efímero y la instantaneidad, se apoya en la opulencia consumista y propicia una temporalidad interior de vértigo y voracidad, del desasosiego por tener más y ya, no se sabe qué. Es la temporalidad evanescente del video clip, que desdibuja el horizonte del futuro, que lo vuelve hueco y sin promesa.

Presumo que un cierto equilibrio entre lo estable y lo que cambia, entre continuidad e innovación, tiene efectos sobre el tiempo vivencial subjetivante y si bien la ebullescencia en el clima ciudadano no es único factor determinante, tampoco es a desestimar y excluir. Los acontecimientos del ágora ciudadana, del terrorismo y el asalto y la droga, de la inseguridad, del miedo a caer en los sectores de exclusión (un “no ser” económico, social y afectivo) atraviesan la narrativa de la sesión con más tenacidad y persistencia que antaño, donde el **“conflicto interno”** “ocupaba” el sitio del trono, sin rivales que se le opusieran. Hoy la porosidad y permeación entre los espacios público y privado es manifiesta y ostensible, mayor que antaño.

Para terminar, frente a un mundo cambiante y versátil, con una crisis de las significaciones imaginarias colectivas, con lazos sociales y afectivos frágiles y fugaces, frente a la informalización de normas y hábitos respecto a creencias y tradiciones, mi propuesta para la clínica analítica puede parecer restauradora (o retrógrada). Coincide con la propuesta de Marcio Giovannetti sobre la sesión analítica como ámbito de “permanencia y hospitalidad”

El proceso analítico puede o debe proponer una alternativa al vértigo de la aceleración. Construir un espacio de remanso, donde sea posible el “entrar en sí mismo” (insichgehen). Bárbara Bassin rescata este término de Hegel en la “Fenomenología del Espíritu” para definir la relación entre experiencia vivida y organización discursiva, como el movimiento recurrente que da espesor al acontecer, significándolo.

En una conferencia al final de su vida, Martín Heidegger, hablando para un grupo de ingenieros colegas de su hijo, distinguía la función del Lenguaje técnico y el de la Lengua de Tradición.

Sólo esta última, dirigida hacia el misterio y hacia las cosas sin respuesta unívoca, tiene el efecto subjetivante de dar al espíritu el aliento de navegar por los enigmas de la existencia. De interrogarse, vanamente es cierto, por los orígenes y el destino. Es contra este devaneo necesario e imprescindible, que atenta el acontecer, acelerado y pletórico del mundo contemporáneo, hambreado “al pájaro maravilloso del aburrimiento”, (Benjamin) lugar único para el asombro, para la irrupción de lo inédito e insólito del espíritu humano.

El hombre debe volver a ser El narrador de su propia experiencia, único en su singularidad. Porque “el narrador” asume la transmisión de su propia experiencia y el relato configura al ser. Pero, por añadidura, no hay narrador sin oyente, no hay narrador sin testigo” y esta dialéctica entre la dinámica endopsíquica y la transpersonal, como anverso y reverso del mismo hecho, da consistencia efectiva a lazos sociales, hoy diluidos o dispersos. El trabajo psicoanalítico es un reducto de resistencia contra la cultura del vértigo, ésta me parece un propósito ineludible de nuestra clínica actual.

Resumen

Inquietudes en la clínica psicoanalítica actual

Marcelo N. Viñar.

El autor realiza un análisis semiológico de la subjetividad en la actualidad en contraste con los parámetros de la modernidad de hace pocas décadas atrás. Investiga la importancia de los cambios sociales y culturales en la consolidación y desarrollo del proceso analítico.

El texto fue concebido como conferencia de apertura para un encuentro en Brasil sobre el tema que enuncia el título del trabajo. Es por lo tanto una ponencia oral que busca cuestionar más que dar respuestas y conclusiones.

Summary

Concerns in current Clinical Psychoanalysis

Marcelo N. Viñar.

The author attempts a semiological examination on the subjectivity of present times in contrast with the late modernity of a few decades ago and seeks to investigate the importance of these cultural and social changes in the starting of and development of an analytical process.

The text was conceived as the opening speech in a Conference of the same title. It is therefore an oral text, which seeks to question, rather than to provide answers and conclusions.

Descriptores: **SOCIEDAD / CULTURA / CAMBIO /**

Obras Consultadas.

ARFUCH, L. *El Espacio Biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea.* Ed. FCE, Buenos Aires, 2002.

BAUMAN, Z. *Modernité et Holocauste.* Lafabrique Editions, París, Set. 2002.

CASTELLS, M. *La era de la Información.* Vol.2: EL Poder de la Identidad. Alianza Editorial, Madrid, 1997.

D'ALLONES, R. *Ce que l'homme fait à l'homme. Essai sur le mal politique.* Editions du SEUIL, Setiembre, 1995.

GIL, D ; NÚÑEZ, S. *¿Por qué me has abandonado? El psicoanálisis y el fin de la sociedad patriarcal.* Ed. Trilce, Montevideo, 2002.

HOBBSAWM, E., *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991.* Abacus, London, 1994.

LECHNER, N. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política.* LOM Ediciones, Santiago, 2002.

ROUDINESCO, E. *La famille en désordre.* Ed. Fayard, París, 2002.

SARLO, B. *Tiempo Presente. Notas sobre el cambio de una cultura.* Ed. Siglo XXI. Buenos Aires, 2001